

UN POCO DE ILUSIÓN EN NAVIDAD

Miriam era una chica de diecisiete años. Le encantaba viajar y conocer culturas y ciudades diferentes a la suya. Vivía en Gijón junto a sus padres y sus dos hermanos pequeños. Allí, llegaban al puerto hombres de diferentes razas.

La gente decía que todos se parecían, pero a ella le parecían muy distintos: diferente color de negro y ojos que brillaban de manera triste y extraña.

Estas Navidades, Miriam iba a ir a Malí en una excursión organizada por el Instituto. Le habían explicado que iban a compartir la Navidad con los niños y niñas de allí. Estaba muy ilusionada, pero...si casi no sabía dónde estaba Bamako. Tenía tantas ganas que el trimestre pasó rápidamente y por fin llegó ese día...

El día de partir hacia aquella ciudad tan pobre de África, se sentía feliz. El trayecto duró treinta y tres horas. Durante el viaje pensaba en juegos para jugar con los niños, en repartir las pinturas que llevaba y en adornar el árbol de Navidad.

Cuando llegó no podía creer lo que veían sus ojos: gente sin refugio, ninguna luz Navideña como en Gijón, niños muy delgados y casi sin ropa. Y así entre el cansancio y la desilusión se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Miriam fue hasta una de las chozas que había por allí cerca, y observó que la gente que había allí no tenía mantas ni ropa con las que taparse.

Miriam volvió al campamento donde estaban sus compañeros y les pidió mantas y ropa. Ella y sus amigos fueron a dárselas a las familias y les enseñaron a hacer fuego sin que el viento lo apagara y las chozas se llenarían de humo.

Así pasaron los cuatro días siguientes ayudando y enseñando a los habitantes de aquella ciudad.

Ya se acercaba el día de Nochebuena. Miriam tenía muchas ganas de llamar a todos los niños y niñas de Malí para que fueran con ella a cortar un Pino o un Abeto para decorarlo pero sobre todo a poder ver una sonrisa en sus humildes caras.

Mientras realizaban todo esto, Miriam se fijó en una niña que estaba sola y muy triste. Miriam se le acercó y le dijo:

- ¿Por qué no vienes a preparar el árbol con los demás?

- No puedo -dijo ella- La semana pasada me caí, me rompí la mano y me hice varias heridas, y mi padre no tiene suficiente dinero para poder ir a un hospital y que me la curen. ¡Y duele muchísimo si la muevo!

- ¿Cómo te llamas?

- Yo me llamo Sally.

- Tranquila, Sally, vamos hacer todo lo posible para que vayas a un hospital.

Entonces, Miriam avisó todos los demás niños y niñas para que fueran a avisar a sus padres y a los de Sally para que, con su ayuda, pudieran llevar a Sally al hospital más cercano. Y así fue, llevaron a Sally al hospital en una camilla de ramas y palos construida entre todos. Con algo de dinero que tenían ahorrado y junto el dinero que algunos padres quisieron dar; pudieron operar y curar a aquella indefensa niña, llamada Sally.

- Esto es alucinante – dijo Miriam – con poco más que cuestan unos vaqueros en España hemos pagado la operación de Sally.

- Ya ves – contestó una profesora – que fácil sería ayudar a estos niños y niñas con un poco de ganas e ilusión.

Así el día antes de Nochebuena, Sally estaba ayudando a los demás a preparar el famoso árbol de Navidad, del que tanto había hablado Miriam. Ella sabía que no era gran cosa pero era el símbolo de la amistad con los habitantes de este pueblo africano.

Al día siguiente se pudo ver como todos aquellos niños y niñas jugaban, cantaban y reían de felicidad alrededor del árbol. Pero eso no fue todo, porque mientras Miriam estuvo haciendo todo esto los de más alumnos del Instituto que habían ido con ella, estuvieron preparando muchos regalos para todos los niños, niñas y demás gente.

Y así fue como Miriam, y los demás alumnos pasaron las navidades allí, en Malí; pero también fue como llevaron la Navidad a ese pequeño, pobre y alegre pueblo de África.

Ya que la magia de la Navidad está en ayudar y compartir las pequeñas cosas todos juntos sin razas ni colores sólo con una gran sonrisa y con ilusión.